

LA HONDA Y EL ARPA EN LA POESÍA DE DAVID MEJÍA VELILLA **

Helena Ospina*

Resumen: En Canto continuo se dan la mano la prosa y la poesía, la vida y la poesía, la poesía y la poética, lo divino y lo humano, lo humano y lo divino, lo cotidiano y lo trascendente, lo trascendente en lo pequeño de todos los días. La urdimbre (warp) familiar se fragua (forges) en la naturaleza en profusión (plethora) de "iconos" y mosaicos (assortment) de flores. Se entrecruzan los recuerdos de la infancia como sustancia, como savia del hombre que vive en ellos y de los cuales saca "cortes" de estrella para el verso y "podas" sublimes para la configuración del poeta –Pequeño Eliot– en constelaciones de artistas a quienes prodiga su amistad y su poesía. Tema siempre presente es el de la muerte en la presencia y ausencia de los seres queridos y en los claroscuros (chiaroscuros) de soledad (emptiness) y compañía (companionship) de su vida.

Palabras Clave: poesía, unidad de vida, lo cotidiano y lo trascendente, naturaleza.

Abstract: In Canto Continuo poetry and prose go hand in hand, life and poetry, poetry and poetics, divine and human, human and divine, quotidian and transcendent, transcendent in little things of everyday. The family warp forges in nature in a plethora of icons, and assortment of flowers. Childhood memories intermingle as substance, as sap of man who lives in them and from which obtains "clips" of start for the verse, and sublime "pruning" for the shaping of poet –Little Elliot– in constellation of artists to whom he lavishes friendship and poetry. Death, an ever current subject in presence and absence of beloved ones, in the chiaroscuros of emptiness and companionship of life.

Key words: poetry, unity of life, quotidian and transcendent, nature.

Résumé: Dans Canto continuo coexistent prose et poésie, vie et poésie, poésie et poétique, divin et humain, humain et divin, quotidien et transcendant, transcendant dans le quotidien. La chaîne se forge dans la nature par une profusion d'"icônes" et de mosaïques de fleurs. S'entremêlent les souvenirs d'enfance comme substance et sève de l'homme qui vit en eux et qui en tire des "morceaux" d'étoile pour le vers et des "élagages" sublimes pour la configuration du poète –Pequeño Eliot– dans des constellations d'artistes à qui il prodigue son amitié et sa poésie. La mort y est un sujet récurrent dans la présence et l'absence des êtres chers et dans les clairs-obscur de solitude et de compagnie jalonnant sa vie.

Mots Clef: poésie, unité de vie, le quotidien et le transcendant, nature.

* Catedrática de la Facultad de Letras de la Universidad de Costa Rica. Licenciada en Francés (UCR). Bachelor of Science in Languages & Linguistics (Phi Beta Kappa), Georgetown University. Autora de numerosos libros, como *Mujer*, *valores permanentes*, *Cantata a las artes*, *Divina herida*, *Eva-María*, *Divino artífice*. Actualmente es directora de la Editorial PROMESA.

** Tertulia poética de DAVID MEJÍA VELILLA con la Academia Costarricense de la Lengua, en el marco de las celebraciones del: Congreso Hispanoamericano Hacia una educación más humana: En torno al pensamiento de J. Escrivá (Centenario del nacimiento de Josemaría Escrivá, 1902-2002) y X Aniversario de la Colección de Poesía de Ediciones Promesa; Embajada de Colombia, San José, Costa Rica, 20-IX-2001.

anto Continuo, antología poética de David Mejía Velilla, reúne los poemarios: Paisajes claroscuros (1964), Regreso a la montaña (1965), Nocturno de las criaturas (1966), Iconos, Los días de la memoria (1968), Historia del poeta (1970), Estación de Dios (1973), Pequeño Eliot (1980), Canto llanto (1981), Los días y las noches (1983) y Memoria de Dios (1985). En esta antología se dan la mano la prosa y la poesía, la vida y la poesía, la poesía y la poética (Pequeño Eliot), lo divino y lo humano, lo humano y lo divino, lo cotidiano y lo trascendente, lo trascendente en lo pequeño de todos los días.

Temas recurrentes son la urdimbre familiar y la naturaleza, en profusión de "iconos" y de mosaicos de flores. Se entrecruzan los recuerdos de la infancia como sustancia, como savia del hombre que vive en ellos y de los cuales saca "cortes" de estrella para el verso y "podas" sublimes para la configuración del poeta en él, en el pequeño Eliot, y en constelaciones de generaciones de artistas a quienes prodiga su amistad y su poesía. Tema siempre presente es el de la muerte, en la presencia y ausencia de los seres queridos y en los claroscuros de soledad y compañía de sus propias vida y muerte.

David Mejía Velilla es poeta de "las honduras reposadas del alma", como calificaba el poeta y crítico chileno, José Miguel Ibáñez Langlois ese carisma propio de la poesía. La palabra es "roce" entrañable, tierno; jamás hiriente. Su verso llega para descansar y dormir "sobre el corazón".

En Paisajes claroscuros (1964):
Dulce Muerte,
ave dulce,
que cantas el canto íntimo,
limpio en mis silencios,
nítido en mis soledades,

su poesía está marcada por la nitidez, la limpidez, de forma y de contenido. El fondo emerge, diáfano, a través de una poesía que busca la depuración de la forma y la sencillez, para ser "arcaduz" del verbo:

Aquí no existen las palabras.
Todo es roce con la noche.
La palabra está dormida sobre el corazón.

Como poeta nos dice que es "un ladrón de savia" que se acerca y se aleja. Se acerca, cuando nos entrega las gemas de su "divino vuelo"; y se aleja, discretamente, para dejar que opere –en el pequeño Eliot que todos llevamos dentro– esa mágica transformación.

Qué humilde eternidad
canta en mis nervios.
Retoños de eternidad
en mi árbol.
Tanto pavor
con tanto trino.
Y el hilo de la eternidad
cose,
¡cose mi propia vida!

El poeta se sabe atravesado por ese fino hilo de lo eterno. Es el que cose, cose su propia vida, dando, a la tiniebla, luz y, al dolor, su plenitud.

Un río de eternidad
arrastra mis pobres palabras.
Se las torna a llevar
de camino.
¡Fluye continuamente
por mis huesos la eternidad!

Fluye la savia divina entre sus versos. Su ser entero –alma, carne, corazón, huesos– se sabe sellado por lo eterno.

Camina a veces. Y nada más. Ni un verso. Porque dice:

Es el tiempo de sangrar.
Y sangrar.
Hasta mi limo inundar.
Hasta mi limo madurar.

Así en el verso como en la vida. El claroscuro de todo oficio de artista. El arte trabajando el limo. Y el limo:

Cavando estrellas.
Sembrando la tarde.
Ésta es mi siembra.

En el mar Tirreno, en Terracina (1959), el poeta se hace "a la tarde". Describe sus estancias junto a los tilos, en los cristales de la lluvia, pensando estrellas, con "un puñado de trigo limpio / que molió mil tardes/ el corazón/ en su molino". Navega por

su sangre para “anclar” en la propia alma y poder decir:

Pensador de estrellas,
yo vencí el espacio.
El universo cabe
en mi pupila,
cabe en el cuenco de mi mano.

Las “Estancias de la tarde” se vuelven luego “Estancias del lejano amor”, por quien “la muerte espera y ama”:

Todas las tardes de mi amor escribo.
Y amando, esperando voy y vivo.
De ese caminar hacia ese amor dice:
Largo trecho, no sé cuánto de largo,
pero bello es: hermoso, espinado,
piedra y piedra, tropezado.
Pero por nada cambio tanto caer y sangrar.

En Regreso a la montaña (Madrid, 1965) dice:

He venido a que me depongan la corteza
porque debo crecer en soledad,
como tú,

hasta que pueda inundarse “la savia escondida”, de esa mágica savia de la montaña que es “fruto de raíz, / de castidad secreta, / perfecta”; porque no quiere tener otro canto, ni buscar nuevas formas, sino esperar “tú y yo lo nuestro”, porque:

Somos ser esperando,
balbuceando un silencio.

Así empezó a descubrir “soplo divino en el barro”, como “viento de creación”, como “tiempo virgen”, donde “un sonido de flauta será mundo nuevo aquí donde se purifique la pureza” y donde sólo Dios podrá cortarle, y con amor lo hará “en el tiempo del sueño”.

En “Canciones al pie de la montaña”, la sed, el agua, la fatiga, el reposo se intercambian sus voces. “La fatiga se empapa”. Entrevé “una agua purísima que canta, que estrellas canta. Y canta”. El poeta es “dolor en viaje”, el que nunca dice: “basta”. Recuerda la noche de “pensar estrellas”, “noche de bebérselas”, la que estuvo cerca y que ahora no puede contemplar, pegado como está a la tierra, nudosa raíz, “de tierra henchida”, “de piedra”. Siempre “más allá”. “Algo más”. Queriendo madurar su muerte, que ha de “amar largo tiempo hasta morir”. Pide dar a la muerte, el silencio y la mano, la música de las aguas y de los vientos, la ternura, la vela junto a la cuna cada noche, hasta el día de su canto. Es el poema

mejor logrado, donde el vocablo depurado se vuelve imagen, imagen tras imagen, en ese trasiego de nudo, raíz, estrella, cielo; en esa “marcha del viento, del alma, de los pinos”; en ese “viaje de soplos en silencio”, donde ya no piensa en el mar, “anclado al fin en su silencio”.

En Los silencios el poeta se define como

Viajero de mil fatigas compartidas.
De las mil bregas que me endurecieron.
Con las manos sembradas.
Con los hombros vencidos.
Con las entrañas maltrechas.
Con la muerte a las espaldas.

Ha venido –como dice– “para soportar los caminos. / Para dejar huella impresa en piedra. / Para todo compartirlo. / Todo sudor mezclado. / Toda fatiga buscada. / Deseada. / Contemplada. / Toda palabra a alguien dirigida. / Ha molido el corazón su trigo y ha dejado uva madura en su lagar”

En “Amargo llanto”, cansado está de estar atisbando por la misma ventana, al cabo de intentar, una vez más, dar comienzo a la conversación definitiva. En ese llanto se resienten las más viejas raíces; advierte que viaja herido, fatigado de “mirar hacia dentro”, “de mirar hacia afuera”, “siempre contemplando el mismo lago, / contemplándonos / cada vez más deformados por los rayos de luna, / por las ondas”. /... “Sólo una herida soy”. Pero: “¡Vendrás!”

“La Paz recién abierta” se abre con ese: “Vienes. / Siempre vienes. / Eres. / Y conmigo eres. / En presencia”. Confiesa que hace treinta años no se detiene en las cosas, porque penetra hacia adentro los caminos de estrellas.

En Nocturno de las criaturas se asoma a la ventana de los muertos y los llama por sus nombres. Y sabe que un día se irá con los muertos, con su soledad, sin poder escoger compañía para el viaje. Y en los brazos de la muerte seguirá llevando a las criaturas.

En Iconos recrea toda la urdimbre afectiva de la infancia, de lo familiar, de lo entrañablemente cotidiano que marcó su pupila y su hablar. Allí germinan, uno a uno, –en la tierra, en la voz, en los brazos, en el almendro, en el umbral de la puerta, en las enredaderas de las casas, en las historias, en la rosa sin rosal,

en esas manos de sueño, en esa aparición de noche lunar, en la honda, en el arpa— iconos, imágenes cristalizadas en un vocablo, en un ademán, sellados en un recuerdo, bajo la tarde de tilos ancianos, donde el poeta de siempre sigue escribiendo como Eliot, como Éluard, como Milosz, y sigue sintiendo igual.

Historia del poeta, donde el poeta es “Revelación”, fuente, agua limpia y fresca, patria de ojos pacíficos, barco, primavera, otoño, sol.

En Estación de Dios empieza a recordar qué tiempo era aquél, antes de la estación de Dios, cuando la flor de la pequeña diamela sucumbió. Recuerda que era blanco, todo blanco el recuerdo, y los muros encalados. Blanco era el sol y la nube sobre el cerro y la tersura de aquella flor, más tersa que el jazmín, más aún que la camelia, la que amaba más aún que la flor del durazno, entre blancas rosas y lirios, junto a las miosotis azules. Todo aquello era amor derramado en la naturaleza que sólo festejaba el silencio. La amaba más que a la pequeña flor del cerezo. Queda, como señal, la tersura de aquella flor: cuatro pétalos blancos, y los estambres como abeja reina de orfebre, en ese mayo blanco, de sábado blanco, bajo la lluvia. Nada tenía que ver ese amor con el otro a los azahares que encontró en la mesa de Navidad, cuando corría la primera estación de Dios, el tiempo primero antes de la rosa roja. Era Estación de Dios también aquel mundo íntimo, donde muy velada se esconde la criatura, del pasar y pasar. En el fondo había un vitral rojo y amarillo, y el piso de mármol reflejaba destellos del sueño. Ese otro, sin color, vino después, en la estación de Dios, cuando se vive bajo tierra, en primavera de raíces. Elegía al corazón de tres años, por el cual pregunta y quiere saber quién lo auscultará, quién lo recogerá, derramado en la tierra, el que se fue en el lago una tarde, y otra más en el viento, a la estrella, a la soledad. Con cerezos y lluvias vestía su soledad cada mañana, y por las noches la desnudaba igual. Soledad que maduró en un largo tiempo, que habría de nacer y morir con pausa, hasta llenar las oquedades. Soledad de sus huesos cubiertos de tiempo, de sus venas en cauce; soledad de sus nervios y de su sosiego, de su día sin gritos, de su sueño y de su recuerdo, de su cada día, de su cada hora, de todos sus colores, de todos sus sonidos. Soledad que llama suya y llena de soledad hasta el fondo. Y esa Madre de todos lo

apartó de todos y de todo, hasta dejarlo con Dios entre sus muros, sin tiempo ni tiempo, hasta que al mismo tiempo sucumbió, en manos de la soledad, y ya no hubo más que sólo pasar. Quedó así la Elegía del corazón quebrantado, manso, uncido, anclado, sumergido, quieto. Dice que agua, de alegría, llovió y subió al sol, como sahumero de rosas y lirios. Pasó la soledad como viento de otoño, dejándolo en pie un invierno más, cubierto del mismo amor de las hojas, derramado en el mismo jardín, cuando viene la floración de marzo y le dice: Él ha bajado a la tierra. Él se ha hecho Tierra. ¿Era eso bajar? Más vale, la Tierra ha subido a Él, porque Él la ha subido, Él ha subido a Sí la Tierra. Él la ha amado, hasta en Ella nacer. Recuerda aquella tarde. Era marzo, cuatro días de llegada la primavera. Brillaban las pequeñas flores de los campos bajo el último sol: camelias, crisantemos, tulipanes. Recuerda el aire, el que sólo había sido hecho para conducir la Voz. Ese aire de primavera purificado cada invierno, el que venía desde el principio y en los veranos se escondía en los océanos. Era la Voz de Gabriel, leche y miel en los labios, estrella en la mirada, el de mayor pureza, cuya voz se había concertado, desde siempre, con el Padre. Y a Ella dijo: —No temas. Pureza llamaba a Pureza, y eran —los dos— un mismo canto. Aquella noche, Ella cerró El cantar y se extasió para siempre con su Emmanuel.

En Canto llanto se extiende el verso en desagravio, así como en Estación de Dios se abrevó, en cortes diáfanos, la poesía, en la estancia de la naturaleza, del corazón, y de la Voz. Empieza David su Miserere en un intercambio hondo de contrastes del Amor con el amor, en dolido y sentido ritornello:

Ésta es, oh árboles, oh tierra,
la Memoria del Inmenso Amor
y de los Agravios y Desagravios que le he hecho
bajo las estrellas,...

Quiere ser “higo pinchado”, en todos sus poros, para empezar a desmelarse de Amor.

Pequeño Eliot es el cuaderno donde se desdobra en prosa, y se van imprimiendo —en tinta negra— él y su poética; nada le detiene. Es un manual de virtudes, donde muestra al pequeño Eliot el “estote vir”¹ —sé hombre, primero; y luego, sé ángel, poeta. Recuerda a Rainer María Rilke, a T. S. Eliot. Aúna la vida y la poesía, porque la poesía sólo puede surgir donde

hay vida y cuando hay vida.

Primer consejo: buscar la poesía en los Poetas y en los Poemas donde suele estar la poesía, para acompañar, para enseñar y consolar; buscarla allí, y no en los críticos ni en los periódicos. Segundo consejo: no tirar la piedra a los desechados, porque podría herir a Wilde y al santo y poeta excelsa, el Rey David. No tirar piedra, ni siquiera a Goliat, salvo que para ello tengas licencia del cielo. Tercer consejo: no escribir jamás para que te publiquen, ni una letra; sino para ti mismo, para reconvenirte, para arrepentirte, para amar el Amor, para desagrararlo y llorar tus descarríos, y sollozar y descansar luego en el regazo del Amor.

Le pide escribir con garra, la que sólo sabe dar la "vida vivida". Amar con garra. Y, juntamente, suave: suave al andar, al hablar, al golpear, al ser, al estar, al dejar de ser y al marcharse.

En esos consejos va el amor a las flores, el saber distinguir las por sus nombres, aprehenderlas por su diseño, por su perfume, por su coloración, por el temblor de su modestia o la gloria de su esplendor. Porque sólo así, llena el alma de su jardín, puede regarlas cada noche con el rocío de su dolor.

Enseña al pequeño Eliot a aprender de las contradicciones. Lo anima a que se deje contradecir, a agradecer este trato con las gentes; porque así aprenderá a descubrir en cada quien un Maestro. Lo insta a que sepa recobrar pronto la armonía. En las contrariedades sólo encontrará beneficios: se afirmará, se purificará, crecerá, será libre. Y luego le aconseja: ¡abre la ventana cada noche, en la alta noche, y respira estrellas!

Lo anima a descubrir su propio desvalimiento; porque sólo quien lo advierte en sí –en ese propio conocimiento íntimo– puede invocar y poner en acción la fuerza de Dios. Por eso le dice: tendido en la tierra "respice stellam", ¡llena de estrellas tu corazón! ¡Llena tu corazón de ángeles! Esa es la forma de llenar el corazón de amor, de comprensión, para no juzgar a nadie.

De las entrañas –de lo caro al corazón, de lo profundo del alma– sacará la savia para "entrañar" al hombre, por siglos, en cada palabra. Esa palabra –la íntima, la auténtica, la del corazón–, primero, ha de "entrañarla" para él, primer destinatario del poema, y luego –sopesada, aquilatada, respetada en su gran personalidad (decantada en el Diccionario de la Lengua)– podrá entregarla al lector. Esa palabra "entrañada", "entrañable", "entrañal" es un grado más allá de lo amable, de lo afable. Porque el ser es entrañable, y su palabra ha de hablar de esa profundidad del ser –de la que hablan los metafísicos– para ser siempre amable, dulce, afable, admirable, tierna, paciente, mansísima.

Ser siempre joven –juntamente con entrañas de niño y corazón de viejo–, que es tener el corazón surcado, herido y resanado.

Le habla del poeta, de ese hombre que no es el creador, pero sí viajero iluminado de la Creación: magnífico, mágico, mago vertiginoso, versátil, veloz, ágil, fuerte, ubicuo, que tiene alas de águila; que se mueve semejante al tigre, al leopardo, a la pantera, a la formidable serpiente; que penetra como agua, como rayo de sol, como rayo de tempestad hecho pensamiento, hecho Amor, y que en viaje continuo desentraña, esclarece, descubre, ve, oye, palpa, compara, analiza, descompone, ensaya, ordena. Y pasa de largo. ¡Y se cansa! El poeta en sí no es el que transforma. Hace "de mano", de instrumento a Aquél que sí es capaz de transformar. Pero cuando pierde de vista este horizonte, ¡qué mal lo hace! Se marea, se enreda, se pierde en la noche y en el día. ¡Qué de frustraciones! ¡Qué de desvíos! ¡Qué de errores y qué de horrores!

Enseña a Eliot la lección que ha de transmitir a todo hombre: el hombre es el paralítico, el ciego, el sordo, el torpe, el alocado. Primero lo ha de aprender él para que "ría con humildad" y aprenda a "llorar con paz". Y cuando empiece la labor, durante el viaje, ha de recordarle que ha de ser humilde; ha de contarle que somos todos seres pequeños a quienes no debe humillar ni maltratar, con quienes va a compartir el oficio de aprender y de transformar. Y a quienes ha de ayudar –una vez comenzada la lucha– a mantener firme el pulso".

1 Cfr. Josemaría ESCRIVÁ. Camino.

Poesía: ¡ríos de vida! Escribir –dice al pequeño Eliot– es cosa de horas, a lo sumo de días o de años. Pero el poema es de siempre. Ha tenido su origen en él, pero viene de lejos y de antes, de mucho antes de ese día que, convencionalmente, suele decir que nació. “El poema surge, no nace”. “Aparece, no resulta”. Lo entrega. Y, a la hora de la verdad, no lo ha hecho él.

Magna lección: ¡mi Premio Nóbel será el cielo! Y, mientras haya seres necesitados de algo, pasaré el cielo ayudándoles. Y no ha pasado para el poeta este juego, porque no otra cosa ha sido la Vida: junto a los pequeños, divirtiéndolos, distra-yéndolos, ayudándoles a correr inadvertidamente esta magnífica carrera de obstáculos de la vida, sin hollar las flores. Y la máxima impetración: ¡un corazón humilde y agradecido! Saber dar gracias por lo pequeño y por lo grande a Dios y a quien de algún modo ha servido; rezar como Haydn antes de componer su música; y, como Claudel, amar y orar en postración.

Pide al pequeño Eliot no se fatigue nunca tratando de explicar estos fenómenos a las gentes obtusas. Un sabio, muy sabio, dijo un buen día: nada hay nuevo bajo el sol. Y nada había nuevo hasta otro día, cuando Gabriel dijo: He aquí que hay algo nuevo bajo el sol y supimos que el Emmanuel había bajado ya a la Tierra. Y muy otro, muy otro es, para nuestro bien, el mundo desde entonces.

¡Sé siempre humildemente pacífico! Pero ni por un universo traiciones alguna vez la verdad. ¡Cómo, de otro modo, podríamos advertir el amor de esta brisa que nos apacigua?. Nada hay más de Dios que un corazón sincero y pacífico. Refulge más que todos los luceros.

¡Sé dueño de ti mismo! para que adviertas la sensibilidad ajena, y jamás la hieras ni la extravíes. ¡Nada de impertinencias! ¡Nada de burlas! Advierte las malas hierbas de la asperidad, de la hostilidad, de la adustez, de la frialdad, de la intemperancia, de la inoportunidad, de la mala educación. Los gritos, la vulgaridad, la crítica, el prejuicio, la susceptibilidad, la insensibilidad, la hosquedad... ¡Sé todo lo contrario! Sólo así podrás sumergirte en la paz de Brahms, en la dulzura del Cantar y en la ternura del

Emmanuel.

¡Sé profundo! ¡Sé mansísimo! ¡Ama la crítica! ¡Búscala! ¡Aprovéchala! ¡Agradécela! Domina pronto el primer impulso de reacción adversa. Cuanto más ingrata, amarga, injusta te aparezca, ¡acéptala!, al menos como asunto para la reflexión, como tema importante, como tesoro caído del cielo. Con fina inteligencia: ¡toma lo que encuentres útil!, ¡olvida lo que de provecho nada contiene! Y para que lo selle en su carne, deja al pequeño Eliot un último consejo: no hagas juicios nunca, de nadie, ni ante ti mismo ni de ti mismo. No se te olvide que todo cuanto existe procede de Dios y es suyo; y que todo hombre procede de Él de un modo especial, por vía del amor paterno y materno, tallado a su imagen y semejanza.

Los días y las noches recobran los temas de la vida, de la muerte, de su amada Ana Francisca, de la profusión de belleza hermosa de las flores, de los cantos del Leñador; nuevos consejos a su pequeño Eliot y pinceladas a su poética. Son días y noches de espera largamente deseada, esperada, aguardada.

Su poética deja entrever ahora que más importante que el Poema será la vida, será la muerte:

Muérete con el Poema
o vive con él,
que tanto dá.

Porque el que hace el poema no es él. A lo sumo, malamente lo escribe, malamente lo dice, lo dicta.

Ama la vida.
Ama la muerte.

Pero despréndete de esas dos tierras,
y aguarda la eternidad.

...
Sé eterno,
Y olvida escribir el Poema.
¡Quédate en Dios
y en paz!

Memorando va el poeta e impetra:

Válgame el cielo frente a lo poco,
con esta sed de todo.
Válgame el cielo de esta tristeza,
cuando vago por el sin tiempo
y el tiempo me acosa.

Válgame el cielo de mirar ese mar
que yace,
que siempre yace codo con codo
con el polvo.

Y en este memorar, las criaturas de la tierra
—en los pájaros y en las flores que su bienamada Ana
Francisca le enseñó a contemplar— le traen ecos de esas
lecciones entrañablemente vividas en la infancia:

Un peticafé, de esos que tú amabas
por su humildad franciscana,
porque son pequeñitos y ávidos,
y desechados aun de las aulas,
picoteaba hoy en la ventana que da a la cochera,
no lo vi porque estaba tras el vidrio ahumado:

¡Gracias por enviármelo, Ana Francisca!,
pues me recordó lo que empezaba a olvidar,
y así lo envié a cantar amores a quien tú sabes,
aunque su oficio no es cantar,

ese picotear de su trabajo
es flauta dulce eternamente.

Esa flauta, dulcemente eterna, es la que le hace
tributar a Ana Francisca ese gracias por el amor junto
al altar doméstico, por la sonrisa, por la lágrima, por
la silla donde le acompañaba enfermo, por la voz
pausada, por la música y el color en su vida, por
haber amado su libertad de niño y roto sus cadenas.
Es un gracias porque lo trajo a la vida, porque lo
llevó en su interior, porque lo dio a luz con alegría,
porque lo puso al sol y le dio sombra, porque le quitó
el hambre y la sed, porque veló su sueño, porque
puso aceite en sus heridas... “y le enseñaste a hablar
y caminar, le limpiaste el cuerpo y supiste mantenerle
limpia el alma, le llevaste a la escuela y a la Iglesia”.
Es un gracias eterno, porque “entre sueños y vigili-
as le diste a Dios”.

Esos tiempos tiernos de Ana Francisca alternan
con los del “Leñador” —el de la parábola de los si-
lencios—, donde busca el silencio —el definitivo—, y se
palpa el corazón de continuo, para saber si ya llegó.
En esta parábola de los silencios asumidos nos lega
toda la dinastía de su fecunda heredad:

Nunca le dije yo: Criatura mía.
Porque un ángel desconocido, oculto, enérgico, me lo
vedaba,
para que el viaje jamás se interrumpiese.
Pero bajo techo caí que me acomoda, que me despierta
de continuo,
entrañablemente deseado.
Y buscando desde antiguo, inconscientemente,

con propia luz de fondo, oculta, desconocida,
que nunca rumbo torció.
Pero sí engendré criaturas en un juego de Dios, con su
fuego, en un silencio de Dios.
Engendré criaturas, criaturas de Dios, y le dije yo, hablan-
do a la Fuerza Creadora:
aquí los tienes, limpios de dolor, de posesivos, porque
tuyos son, como yo...
No engendré yo: a Dios decía, digo, Dios engendró
asumiéndome,
como asumía yo la tierra que revolví, que pisé,
como asumí todos los días y todos los silencios.

En “Gemas y flores” nos recuerda que “la Poesía
es dar y tú debes dar, de tus fondos. Es faena para
todo el día y para toda la noche. Ese pozo junto al
que fuiste puesto, sólo por ti podrá ser horadado. Si
te quedas mano sobre mano, ahí permanecerá por
siempre enclaustrada la Poesía, como niño muerto
eternamente. Ten alma de vida, saca del pozo la vida,
agradece no andar con alma de muerte...”

Y define el norte de su poesía: “¡Conocer
almas! He aquí un oficio para hijos de Dios. Co-
nocer cuerpos es la vía mefistofélica, denunciada
por Goethe... La Poesía es conocimiento intuitivo
y alógico del ser, edad primera, del despertar,
donde la prodigiosa fuerza de la fantasía presta
sentidos al Arte. Pero la Poesía ha de dirigirse a las
almas para conocerlas y escrutarlas, para amarlas
y consolarlas.”

Termina el poeta su antología con Memoria de
Dios. De allí elegimos como epitafio —para el poeta
y su Poesía— este poema:

Raíces de pasión

Yo conozco y yo sufro sí una pasión,
y entonces no advertía que era su impulso
la que me hacía penetrar
hasta la entraña de aquel bosque sepia y ámbar,
donde se aquietaba mi ansiedad,
y sin embargo crecía mi avidez.
Al volver del éxtasis
la pasión seguía laborando.
Y saben mis huesos que un día y una noche
no viajarán ya conmigo,
porque jamás regresaré del éxtasis.

Un día y una noche, cuando quede esa pasión
entrañablemente hendida en el regazo de su Dios,
quedarán en esta tierra “la honda” para el pequeño
Eliot y “el arpa” en el cielo para ese Rey Poeta, y Poeta
pastor de almas, que supo trabajar (en esa faena de

todo el día y toda noche) –junto al brocal del pozo– y extraer esa “Memoria del agua”, para eternamente dar y generosamente entregar las dádivas, y no dejar enclaustrada la Poesía de su “sonora y acompañada soledad”:

Esta castalia
es don del Padre:
ha sido el Padre
quien nos la dio a beber
en la fuente,
que es su Hijo. ■